

DEBATE
“EL ESPACIO FÍSICO EN LA BIBLIOTECA PÚBLICA”
RESUMEN
Santi Romero

En el Debate “El espacio físico en la biblioteca pública” intervinieron 6 personas: 2 bibliotecarios, 3 arquitectos y un profesional de la información.

El debate estuvo moderado por el autor de este artículo, Santi Romero, arquitecto y jefe de la Unidad de Arquitectura Bibliotecaria de la Gerencia de Bibliotecas de la Diputación de Barcelona.

Los participantes eran los siguientes: Ángela García de Paredes, arquitecta fundadora del estudio Paredes Pedrosa, que han proyectado las Bibliotecas Públicas del Estado de Ceuta y de Córdoba; Ramona Domínguez, bibliotecaria y directora de la Biblioteca Pública del Estado de Salamanca; Guillermo Sevillano, arquitecto fundador del estudio SUMA, que han proyectado la Biblioteca de Fuerteventura y la Biblioteca Gabriel García Márquez de Barcelona; Julian Diamond, responsable del Departamento de Gestión de la Información de la empresa Arup y, finalmente, Pablo Parra, bibliotecario y director de la Biblioteca Ricardo León de Galapagar.

El eje central del debate hacía referencia a la necesidad de adaptar los espacios bibliotecarios a los nuevos y muy diversos usos que se están imponiendo. Este momento lleno de incertidumbre se convierte en un reto sobre todo para los bibliotecarios, que deben hacer un esfuerzo en aventurar qué biblioteca se quiere hacer, pero también para los arquitectos, que deben resolver físicamente estas demandas.

La realidad es que las bibliotecas públicas se están convirtiendo en espacios cada vez más polivalentes, donde pueden pasar muchas cosas y muy diferentes, y esta convivencia de tantas cosas hace que sea difícil concebir con éxito un edificio bibliotecario.

El hecho de que los participantes fueran 5 profesionales de muy diversa procedencia permitía conocer visiones contrapuestas sobre los usos y los espacios. Es por ello que, aun sabiendo que no disponíamos de mucho tiempo, opté por hacerles muchas preguntas, aprovechando la oportunidad de tenerlos a todos reunidos. Las respuestas de cada uno de ellos aportaron muchas ideas interesantes. Soy consciente de que faltó tiempo para debatirlas y contrarrestarlas, y esa carencia solo es atribuible a mi decisión entre profundizar sobre algunos aspectos o, por el contrario, escuchar muchas y muy variadas opiniones.

Las preguntas abordaron los siguientes temas: la evolución de los edificios bibliotecarios y la importancia del espacio físico, el encaje de las bibliotecas en su contexto territorial, las actividades que se consideran más convenientes para incorporar en las bibliotecas, las necesidades espaciales cuando se quieren incorporar estas nuevas actividades, el proceso de participación cuando se ha de planificar un servicio bibliotecario y el equipo pluridisciplinar de trabajo en la redacción del proyecto arquitectónico, los nuevos sistemas de utilización y apropiación del espacio por parte de los usuarios cuando se incorporan nuevos servicios, la ubicación y la forma de los mostradores de atención y, finalmente, la flexibilidad de los edificios bibliotecarios.

A continuación se indican las reflexiones más destacables.

Las bibliotecas públicas hace ya tiempo que dejaron de ser un puerto físico de refugio que ofrece un ámbito silencioso, aséptico y neutro. En su interior proliferan ahora ambientes informales, más acogedores.

El espacio físico de la biblioteca no puede desaparecer. Aunque la tecnología resuelve casi todo lo relacionado con el acceso al conocimiento, y los foros virtuales son un potencial para el encuentro y la interacción, no podemos prescindir del componente físico, un espacio de intercambio donde se vivan experiencias que valgan la pena, que tengan que ver con lo corpóreo, con la atmósfera que se respira, un ágora, un lugar donde se interaccione.

El edificio bibliotecario debe quedar integrado en el lugar donde se construye, con un acceso que actúe de punto de encuentro, y todo él debe entenderse como una parte de la ciudad.

La decisión sobre las actividades se quiera introducir en cada biblioteca debe partir de un estudio sobre las necesidades de la comunidad y sobre la viabilidad del proyecto. En cuanto al espacio necesario para realizarlas, la dimensión de la biblioteca es determinante, pero para ganar espacio no debe preocuparnos que una parte de la colección esté en los depósitos, dejando por tanto de estar en acceso libre. La gestión de la colección debe ser más ágil y tener un carácter rotatorio. Estamos viendo que los espacios híbridos funcionan mejor y, en muchas ocasiones, las bibliotecas pequeñas son las más imaginativas.

Las actividades que generan ruido suponen un reto en la mayoría de bibliotecas, donde impera el silencio. Por tanto, los espacios destinados a estas actividades deben resolverse adecuadamente.

En la creación de las bibliotecas han de participar equipos pluridisciplinares, donde haya bibliotecarios, arquitectos, ingenieros, usuarios, escenógrafos, etc. También hay que contar con la ciudadanía, estableciendo herramientas y mecanismos de participación que les hagan conocedores no solo de los servicios de la biblioteca, sino también de los procesos de gestión que requiere su puesta en marcha. Esta participación debe ser continuada ya que requiere cierta práctica para que dé buenos frutos.

Hay que ser permisivo con según qué comportamientos si queremos que el usuario se sienta como en casa. Pero hay que resolver los posibles conflictos con inteligencia, ya que no todos los usuarios están de acuerdo con algunos usos menos convencionales que se hace de la biblioteca.

La convergencia de las tecnologías y el cambio de comportamiento de los usuarios están transformando la experiencia del acceso a la información. Cada vez es más frecuente que la atención a los clientes no sea desde un punto estático, sino más dinámica e informal. Por tanto, en las bibliotecas, hay que repensar la ubicación, la forma y el tipo de utilización de los mostradores de atención. La tecnología permite cualquier opción, por lo que la pregunta que hemos de hacernos es: ¿qué le gustaría al usuario encontrar en la biblioteca?

Los edificios bibliotecarios deben ser flexibles y versátiles, y ha de ser razonablemente fácil incorporar cambios para adaptarse a las nuevas necesidades. Tanto la tecnología como los materiales y sistemas constructivos actuales permiten muchas cosas, pero hay que ser conscientes de que la flexibilidad total no existe, y debe encontrarse un equilibrio entre lo que se quiere hacer y lo que se puede hacer. Cuando se afronta una reforma o adaptación, la arquitectura del edificio no debe perder calidad.